

do pinte algo aquí... porque pienso pintar mucho... y andar más... Todos los sitios en que he puesto antes las cartulinas de usted, han de quedar ocupados por obras mías... Cuento con que me dejará usted copiar las suyas para eso.

Leto, que ya había soñado con verlas honradas allí, se llamó á engaño y declaró á Nieves que no volverían al cartapacio de la botica aquellos insignificantes borrones, puesto que le gustaban á ella; y Nieves, sin andarse en ociosos disimulos, porque conocía la sinceridad de la oferta, la aceptó de plano con gran regocijo, aunque no tanto como el que produjo en don Adrián el galante rasgo de Leto.

Andando en éstas y otras tales, llegó Catana al saloncillo para anunciar que estaba la sopa en la mesa; y al disponerse todos para ir al comedor, Leto, recordando algo de lo que había visto y oído en Madrid y leído después, haciendo un esfuerzo sobrehumano y dando diente con diente por el temor de pasarse de fino, ó de estar equivocado, ofreció su brazo á Nieves, que le aceptó placentera y como la cosa más corriente y natural del mundo.

Los demás comensales abrieron paso á la pareja, á la cual siguieron Bermúdez muy complacido, Fuertes algo maravillado, y don Adrián hasta orgulloso con aquel gallardo arranque del empecatado muchacho.



## XI

## EL «FLASH»

**D**URANTE la comida, que fué tan «opípara» como se la había anunciado en hipótesis don Adrián Pérez á su hijo andando hacia Pelechés los dos, tuvo Leto varias pruebas más de que el león no era tan fiero como le pintaban: hasta llegó á encontrarse muy á gusto encerrado en la jaula con él.

Porque ocurrió también la feliz coincidencia de que apurado el punto de las opiniones pictóricas de Nieves, salió de golpe y porrazo don Claudio Fuertes diciéndola:

—En este mismo sitio y al oír á usted que le gustaban mucho los paseos marítimos, la prometí anteayer que no le saltarían medios de satisfacer ese gusto, si se empeñaba usted en ello.

—Y no he olvidado el compromiso—res-

pondió Nieves,—ni estoy dispuesta á perdonárselo á usted.

—En hora buena—dijo don Claudio Fuertes; y luego añadió volviéndose al hijo del boticario:—¿lo ha oído usted, Leto?

—Sí que lo he oído—respondió Leto.—Pero ¿por qué es la pregunta?

—Porque con usted va el cuento.

—¡Conmigo?...

—Sí, señor, con usted; porque cuando yo hice esa promesa á Nieves, contaba con el balandro de usted, con la competencia náutica de usted y con la galantería de usted. Conque á ver si se atreve á dejarnos mal ahora con esta señorita y con su señor padre, que no tiene otro afán que el de complacerla.

Bien poco trabajo le costó á Leto mostrarse cortés y hasta rumboso en aquel particular; porque precisamente el balandro, sus condiciones maríneas, sus hechos y valentías, y las altas prendas del generoso amigo que se le había regalado, eran los temas de conversación que más le agradaban; los únicos acaso con que se dejaba ir, hablando, hablando, alosegado curso de sus ideas, sin la menor protesta de aquel diablillo psicológico que se lo echaba todo á perder cuando sus elogios ó sus juicios recaían en cosa nacida de su cacumen, ó, aunque propia, no tuviera consagrados los méritos por otro

juicio de indiscutible autoridad. ¡La maldita desconfianza! Habló, pues, del balandro durante una buena parte de la comida, después de ponerle, y de ponerse él mismo, á las órdenes de Nieves para dirigirle; de la hermosura y comodidad de la bahía para voltejear en ella, con una brisa bien *entablada*, las personas que se contentaran con poco; de la intensidad de este mismo placer recibido en alta mar; del inglés, su amigo, con quien tantas veces le había gustado; de su destreza, de su valor, de su carácter... hasta habló algo de Cornias, porque fué de necesidad que hablara de él. Cornias era un mozo pequeñito de cuerpo y bizco de ambos ojos, nacido y criado en Villavieja. Desde muchachuelo anduvo en la botica para ciertos menesteres mecánicos. Entendía algo de cosas de la mar, porque era hijo de un pescador y de una sardinera. Cuando Leto tuvo un bote, Cornias se le cuidaba y le servía de marinero. Era listillo y valiente; y en cuanto llegó el balandro de Inglaterra, por recomendación de Leto se encargó de hacer en él los mismos servicios que en el bote. Si Cornias estaba entusiasmado con aquel barco tan hermoso, el inglés estaba chocho con Cornias, por su tipo, por su afabilidad y por su inteligencia para aprender las maniobras. En poco tiempo se puso al corriente de todo y en aptitud de manejar el balandro tan

guapamente: le quería como á las niñas de sus ojos. Á la fecha del relato, Cornias, sin dejar de ser *plaza de á bordo*, continuaba siendo obreiro de la botica y sus accesorias; y lo mismo empuñaba la maza del mortero para moler cantárida, con la boca y las narices tapadas con un pañuelo, ó á cara descubierta crémor ó mostaza, y el mango de la azadilla para *arropar* la belladona, el estramonio y la cicuta que cultivaba el boticario en su huerto, que envergaba la mayor ó encapillaba un obenque. No bebía ni fumaba, ni podía resistir calzado, ni gorra, ni chaqueta. Ordinariamente no llevaba más prendas sobre su cuerpo que la camisa y los pantalones, con las perneras remangadas hasta la pantorrilla y las mangas hasta el codo; y, así y todo, Cornias resultaba limpio y simpático. De honradez y lealtad no se hablara, porque se le podía entregar á ciegas oro molido. Se le llamaba y conocía por aquel mote, porque era bizco. *Cornias* era una corruptela ó degeneración, forzada por los muchachos de la playa, de la palabra *bizcornio*; y por Cornias respondía, olvidado ya de su nombre de bautismo.

Después de hacer Leto, y no sin gracia, este esbozo de su marinero, ratificado por don Adrián que le quería mucho como sirviente de su botica, volvió sobre lo ya tratado. Se podía navegar en su balandro con la misma confian-

za que en un navío de tres puentes. Se convencerían de ello en cuanto le vieran, como habían de verle muy pronto. Nieves no lo ponía en duda; su padre, así, así; don Claudio negaba esa seguridad hasta en el navío de tres puentes; y en cuanto al boticario, tenía las pruebas de lo afirmado por su hijo en que había hecho éste con su balandro, doscientas veces, mucho más de lo sobrado para que á la primera se quedara en la mar, por los siglos de los siglos, cualquier otra embarcación de igual calibre.

Como la comida fué abundante y se habló mucho y sobre muchas cosas, la sesión fué larga y muy entretenida; de modo que cuando don Claudio Fuertes y don Adrián Pérez dieron los últimos *latigazos* á la última de las respectivas copas que don Alejandro había ido sirviéndoles con el café, era ya muy bien entrada la tarde; á Nieves, ausente del comedor rato hacía, la calzaba su doncella sus *brodequines* de campo, de fino becerrillo sin teñir, y la brisa seguía fresca y bien entablada, por lo cual no molestaba fuera el calor, aunque el sol lucía sin el estorbo de una sola nube. Teniendo esto en cuenta, sólo aguardaban los del comedor la vuelta de Nieves para salir con ella á hacer la proyectada visita al balandro de Leto, número primero de los del programa dispuesto para aquella tarde.

Nieves no se hizo esperar mucho; y cuando apareció i la puerta del comedor poniéndose los guants y con el sombrero algo caído sobre los ops, muy ajustadito el talle y con un clavel en la boca, su padre la vió un instante con el mismo ojo suspicaz y alarmista que en la memoable ocasión de presentársele en Sevilla, recién vestida para ir á retratarse. Pero ¡qué diferencia de escenario, por más que las dos escenas fueran semejantes, casi idénticas! Allá, la atmósfera viciada, y corruptora de una gran capital; en Pelechés, los horizontes sin límites; el aire puro y saludable del campo y de la mar; las tentaciones de claudicar en la ciudad á cala vuelta de esquina; en aquellas soledades grandiosas, ni aunque se buscaran con un candl... Y no lo pudo remediar el buen Bermúdez: poseído de su tema y encantado de verse donde se veía, el mejor punto de la tierra para ponerle en ejecución y dormir tranquilo al amparo de su milagrosa virtud, tomando retexto del rumor y el aroma de la brisa que circulaba por todos los ámbitos y rincones de la casa, cantó un himno de admiración á la augusta Naturaleza, y largó por final de él el *sorites* de costumbre al comandante y al boticario, mientras Leto daba el brazo á Nieves para bajar la escalera.

El canino elegido para ir al muelle fué el

del Miradorio; y por él tomaron los cinco en el mismo orden en que habían salido de casa: Nieves y Leto delante, é inmediatamente después los tres señores graves: el de Pelechés en medio. Desde lo más alto del sendero, contempló Nieves la mar y cuanto se abarcaba con la vista hacia la izquierda; y se le ocurrieron algunas cosas buenas, particularmente sobre la mar. Á Leto no dejaba de ocurrírsele algo también; pero temiendo que fueran majaderías, se limitó á glosar un poco las ocurrencias de Nieves; la cual, en una de éstas y por apretarle demasiado con los dientes mientras hablaba, cortó el rabillo del clavel. Leto le recogió del suelo tan pronto como cayó, y se lo quiso devolver á Nieves...

—No sirve ya—díjole ésta después de mirarle un momento:—puede usted tirarle, si quiere.

Y Leto, sin más ni más, le tiró, por pura obediencia.

—Ya se ve el balandro—dijo al mismo tiempo.

—¿Cuál es?—preguntó Nieves.

—La única embarcación de aquellas cuatro que está aparejada.

—¡Cuánta vela tiene!

—Cuántas hay en casa. Cornias no se ha andado en chiquitas: todos los trapitos ha echado al sol... ¡Qué hermoso día de mar!

—Oiga usted, Leto—le dijo Nieves muy en reserva y después de notar con el rabillo del ojo que no la oían los que venían detrás:—cuando estemos en el balandro y le hayamos visto, proponga usted á mi padre que demos un paseo por la bahía.

—Ya estaba yo en eso—respondió Leto muy ufano.

—Y si papá consiente en ello, que sí consentirá—continuó Nieves más por lo bajo todavía,—así, como á la descuidada, se va usted echando hacia la mar... ¿eh?

—Perfectamente—respondió Leto,—y de ese modo iremos poniendo á prueba, poco á poco, la resistencia de usted para el mareo...

—¡Oh! por ese lado, yo respondo desde luego—dijo Nieves con gran confianza.—Tengo hechas buenas pruebas en Bonanza y en Cádiz, y no hay forma de que yo me maree.

—Pues tanto mejor entonces.

El muelle de aquel ignorado puerto se componía de un gran tablero rectangular, sobre una docena de pilotes achacosos que ya no podían con la carga cuando los ingleses de la mina los repararon convenientemente. Todo este artificio grosero estaba arrimado á un andén muy espacioso y firme, construído por la Naturaleza, al cual venían á parar en uno solo, desde la anteúltima revuelta de la bajada, el camino

de la mina, casi paralelo á la costa, y el sendero del Miradorio que desde el punto de empalme se dirigía hacia el Sur.

Al llegar al muelle los cinco comensales de Peleches, Cornias quiso atracar el balandro, que estaba separado cosa de dos ó tres brazas, á la escalera de embarque, bien corta entonces porque la marea estaba muy alta; pero Leto le hizo señas para que no le moviera de allí. Tenía el balandro la bandera con corona real, en el pico, y un grimpolón azul con una *F* blanca, en el tope. Con todo el trapo desplegado y las escotas en banda, flameaban las velas al recibir el viento, y se oían desde el muelle sus restallidos ó *gualdrapaços*. Cornias se había excedido algo de las órdenes recibidas: bien que el balandro tuviera en aquella ocasión cada cosa en su sitio, pero no tan á la vista; entre otras razones, porque el gualdrapeo de las velas desplegadas, tras de producir balances al barco, hacía trabajar al palo inútilmente. Pero Cornias, que tenía el entusiasmo de todo ello en conjunto, pensó acertar mejor ostentándolo de una vez en hora tan señalada. Error del pobre muchacho. El corcel de buena sangre, para lucir su gallardía, ó en pelo y en libertad, ó bien arrendado por su jinete. Entendiéndolo así Leto, á una señal muy expresiva y cuatro palabras enérgicas enderezadas á Cornias, fué el

balandro recogiendo todas sus lonas, como la gaviota sus alas al posarse blandamente sobre la onda marina.

—Ahora se ve mejor el casco en toda la pureza de sus líneas—dijo Leto á los que le rodeaban, pero particularmente á Nieves, que parecía la más atenta á la explicación que había comenzado á hacer.

Según aquella explicación, de cuanto se veía desde el muelle é iba él señalando en el barquito, por iniciativa propia ó respondiendo á preguntas que se le hacían, el casco de su *Flash* (Centella) tenía la proa y la popa muy *lanzadas*, ó salientes, y era chupado de amuras (la cara de proa) y robado de codaste (pieza en que se articula el timón), es decir, en viaje hacia proa; casco, en fin, de los llamados *de cuña*, á la moda inglesa, de mucho calado. La ventaja de tener muy lanzadas la popa y la proa, consistía en que cuando la embarcación *escoraba*, es decir, se inclinaba á una banda, los lanzamientos tocaban en el agua y aumentaban la longitud del casco, dándole mayor estabilidad, razón por la que los de esta clase ceñían mucho y viraban facilísimamente. Para la debida compensación de la finura y estrechez del vaso con la altura excesiva de su aparejo, el *Flash* tenía una zapata ó quilla postiza de plomo, sujeta á la verdadera con unas cabillas pasantes. Segu-

ridad completa, absoluta, de no dar, escorando, quilla al sol.

Aquel espacio hueco, á modo de escotilla, que se veía en el último tercio de la cubierta, hacia popa, con bancos alrededor y reborde algo saliente que formaba el respaldo, técnicamente *brazola*, era el sitio para el que gobernara y personas que fueran con él. El agujero se llamaba el *pozo*, y el templete que se alzaba entre el emplazamiento del palo y el lado del pozo de hacia proa, con lumbreras á los costados y barritas de metal para protegerlas, era el *tambucho*, ó cúpula de la cámara que estaba debajo, bastante cómoda según iba á verse en seguida, porque ya no había en el balandro cosa que mereciera ser explicada ni vista desde el muelle.

Atracóle á la escalerilla el diligente Cornias á una señal de Leto, y bajaron todos: Nieves de la mano del desconocido Leto; Bermúdez y el boticario muy á pulso, y don Claudio Fuertes protestando de que hasta allí y nada más. Cornias, según Leto le había pintado en la mesa, pero con pantalón blanco y camisa con lunares, si no nueva, recién estirada, aguantaba el balandro atracado á la zanca de la escalera, con las uñas hincadas en los tablones.

Saltaron á bordo de él los visitantes por la cabeza del último escalón descubierto; y al ver lo *descarado* que estaba el suelo aquel, que os-

cilaba además, todos, menos Nieves y Leto, se colaron en el pozo.

—Desengáñense ustedes—decía Fuertes sentándose,—que esto no tiene señal de juicio... ni los que andan en ello tampoco... ¡Ah! pues dejen ustedes que se inflen todos esos trapos y empiece el viento á enredarse entre ellos... ¡Ni San Pablo para aquí entonces sin romperse la crisma con algo, ó echar los hígados por la boca!...

—Verdaderamente—replicaba don Adrián guardando el equilibrio con los hombros, aunque era bien insignificante el balanceo—que no se explica uno fácilmente, ¡caray!, tanto entusiasmo y tanta... eso es... cómo tiene ese muchacho... y como tenía su amigo por estas diversiones... Por de contado, señores míos, que ésta es la primera vez en mi vida que me veo aquí... y tan á nuevo me sabe, eso es, lo que voy viendo, como á ustedes. Desde tierra he visto el barquichuelo este varias veces, unas quieto y otras andando... ¡y qué andar, caray! Vamos, ocasión hubo de volver la cabeza... por no verlo... Es la verdad, sí, señor, ¡caray!

—¡Digo, y eso usted, que es pez de la mar!... Pues ¡qué me pasará á mí que soy de los secanos de Astorga?

—¡Canástoles—saltó aquí don Alejandro—con los valentones estos!... Yo no me trago á

los hombres crudos, ni mucho menos; pero tampoco se me arrugan las narices por echar una cataplera por esas aguas allá.

—Por de pronto, mi señor don Alejandro—contestóle Fuertes con cierta socarronería,—ha sido usted uno de los tres valientes que nos hemos colado en el pozo por entrar en el balandro; y después, mire usted, yo me he visto cara á cara con los moritos en Monte Negrón y en los Castillejos, y hasta en lo de Wad-Rás, que fué más agrio que lo que á ustedes se les figuró; y sin echármelas de valiente al decirlo, ni perdí la serenidad, ni el coraje... ni las ganas de pegar; porque aquello era otra cosa: había siquiera suelo firme en que pisar... y en que morir, si era preciso, defendiendo la vida honradamente; pero esto es entregarse á la muerte atado de pies y manos y metido ya en el ataúd...

Leto, mientras los del pozo hablaban de esta suerte, explicaba á Nieves las ventajas de un palo, como el del *Flash*, compuesto de dos piezas (la mayor, ó *palo macho*, y la menor, ó *mas-telero*, con su tamborete y cruceta entre ambas), sobre el palo *enterizo*, ó de una sola pieza; cómo se fijaba el palo en el fondo del casco, encajando su espiga inferior en una mortaja llamada *carlinga*, y se afirmaba después por medio de las cuerdas que iba señalando y se llamaban *obenques* y *estays*: los obenques bajaban desde

la *encapilladura*, junto á la cruceta, y los estays desde la suya en el arranque del *galopillo*, ó remate superior del palo; cuál era la *botavara*, cuál el *pico de cangreja*, y cómo se manejaba y con qué cuerdas ó drizas, cada vela de las cuatro que tenía el yacht (*mayor, trinquetilla, escandalosa* para los buenos tiempos, y *foque volante* para las *empopadas*). El agujero que había á media cubierta, entre el pozo y el costado de estribor, era el de la bomba de achique, muy usada, porque en las *arfadas*, ciñendo el balandro, embarcaba en el pozo bastante agua: *rociones* y *garranchos*, según el estado de la mar; tal pieza era el *cabillero* para las drizas de maniobra; cuáles otras, las *cornamusas* para afirmar las escotas del foque y las de la trinquetilla; otra en el suelo mismo junto al agujero del *pañol* de cadenas, el *guindaste*, en el cual se hacía firme la coz de botalón, etc., etc. Muchos, muchísimos detalles dió Leto á Nieves, llamando á cada cosa con su nombre técnico, porque así lo quería la animosa sevillana.

Cuando ya no tuvo nada que explicarla sobre cubierta, la dijo:

—Vamos ahora, si usted quiere, á ver la cámara.

Á la cámara se entraba por el pozo, en cuyo lado de hacia proa estaba la puerta, de dos hojas, con un cuartel de corredera. Abrió Leto y

entraron las cinco personas, teniendo que descubrirse don Adrián, porque para un sombrero como el suyo, puesto sobre la cabeza, no había allí bastante altura de techo. Por lo demás, sobraba sitio en que revolverse los visitantes con desahogo. Nieves se admiró de ello y del primor con que estaba dispuesto y hecho todo en aquel microscópico salón, que resultaba hasta lujoso. Á cada lado de la puerta había un armario, y otro más ancho enfrente de ella; á cada lado de los otros dos de la cámara, un cómodo diván, y en el centro una mesita atornillada en el suelo, con las alas dispuestas de modo que podía servir para una docena de comensales. Retirando Leto uno de los almohadones, levantó la tabla sobre la cual estaba tendido; y la tabla resultó ser tapadera de un largo cajón, bien provisto ciertamente, pues fué sacando de él el hijo del boticario dos amplios y superiores impermeables; un vestido completo de mar; media docena de hermosas toallas y dos sábanas de baño, y algunos objetos más por el estilo; todo ello puesto allí por el precavido y rumboso inglés, lo mismo que los objetos de aseo y los útiles de pesca, licores exquisitos y confortantes, y libros (en inglés, desgraciadamente para Leto) que trataban, con excelentes dibujos, de materias pertinentes á todos los destinos imaginables del barco, que se guarda-

ban en los armarios. Todo lo conservaba Leto donde y como el inglés lo había dejado, por respeto cariñoso á la memoria de su amigo. En el centro del copete del más grande de los armarios, había una chapa de metal bruñido, con dos nombres grabados sobre una fecha. Señalando á los nombres, dijo Leto:

—Este es el blasón de nobleza del balandro: *Mr. Watson* y *Mr. Fife*: el ingeniero y el constructor de yachts más afamados de Inglaterra. ¡Deberé yo estar agradecido á un hombre que me dejó tan rica prenda de su amistad? ¡Y se extraña mi padre algunas veces del mimo con que la trato!... Pues hay que ver ahora, prácticamente, sus condiciones marineras que tanto les he ponderado, si no le molesta á Nieves y lo consiente el señor don Alejandro...

—Caballeros—dijo al oírlo don Claudio, levantándose de golpe y andando hacia la puerta:—aquí sobra uno, y ese soy yo.

—¡Pero, don Claudio!...—exclamaba Nieves, riéndose del arranque de su amigo.

—Nada, nada: cada uno es cada uno, y yo sé bien lo que me hago... Y también usted lo sabe al venirse conmigo, señor don Adrián—añadió Fuertes volviéndose un momento hacia el boticario.—Porque yo doy por supuesto que usted tampoco se queda, aunque le aspen.

—Verdaderamente—contestó el aludido, que

estaba algo inquieto por falta de franqueza, moviéndose un poco hacia la puerta,—que no soy de lo más apto para este género... eso es... de diversiones... Por otro lado, ¡caray!, la edad... eso es. De manera que, si no se tomara á mal...

—¡Qué ha de tomarse, hombre!—díjole don Claudio, volviendo para cogerle por un brazo.—Y aunque se tomara... Véngase, véngase, don Adrián; y verá usted qué guapamente estudiamos las condiciones marineras del *Flash*... desde tierra firme.

—Conste, señor matamoros—dijo Bermúdez desde la puerta de la cámara cuando ya salía del pozo el comandante llevándose á remolque al boticario,—que no solamente doy el permiso que me ha pedido Leto, sino que me quedo, y con gusto... ¡con mucho gusto, canástoles! mientras que usted se larga.

—Con gusto, ¿eh?—respondió Fuertes sin volver la cara.—¡Ay! mi señor don Alejandro... ¡si hubiera espejos para ver á los hombres por sus adentros en determinadas ocasiones!... Cornias, arrima un poco más el barco, hijo... Así... ¡Ajá! Cuidado, don Adrián... Venga la mano... Eso es... ¡Divertirse, caballeros!

¡Cómo le pusieron entre Nieves y su padre desde el yacht!

—Á la faena ahora—dijo Leto á su edecán,

sin oír á los unos ni á los otros, porque ya estaba con la fiebre de sus glorias.—Usted, Nieves, á sentarse aquí; y usted, don Alejandro, á sulado... Perfectamente... ¡Cornias!... desatracá, y á franquearnos con el foque... Bueno... Ya va... ¡Lista la driza de picol!... Yo á la de boca... ¡Iza!

Hecha la maniobra en regla, hinchóse la extensa lona, y cayó el barco al lado opuesto, navegando ya.

—No hay que asustarse, Nieves—dijo Leto sonriendo al notar en ella, y particularmente en su padre, cierto movimiento de desagrado:—es el saludo del *Flash* á la llegada del viento.

—Bien me parece esa cortesía—respondió Bermúdez agarrándose á la brazola mientras Nieves se sonreía despreocupada;—pero en todas partes, después del saludo al aire libre, vuelven las gentes á cubrirse y á enderezarse, y aquí observo que pasan las cosas de otro modo: el *Flash*, después de saludar, continúa inclinándose y andando á más y mejor.

—Es de necesidad, señor don Alejandro: como que vamos casi de proa al viento. Mucho más ha de inclinarse todavía.

—¡Buen consuelo, hombre!

—Ya le va tomando el gusto al agua... ¿Oyen ustedes cómo la paladea?

—Y también veo—respondió Bermúdez—

que la destina á otros usos. ¡Mira, mira, Nieves, cómo se tumba el condenado, para fregotearse las costillas con ella! ¿Qué te parece de esto, hija?

—¡Muy bien!—respondió Nieves, fascinada por el lance, con los ojos voraces, la boquita entreabierta y palpitantes las rosadas ventanillas de la nariz.

El barco había entrado en su andar desembarazado y franco; y ciñendo siempre para ganar terreno hacia fuera, no cesaba de inclinarse. Bermúdez lo notaba intranquilo, y oía el boteo del agua debajo del lanzamiento de la popa; el crujir de la perchería del aparejo y el crepitar de las lonas, y hasta comenzó á ver una faja de espumilla hervorosa á todo lo largo del carel inclinado, como si pugnara por colarse adentro. Leyóle estos cuidados en la cara Leto, y le dijo para tranquilizar de paso á Nieves, que, ciertamente, no lo necesitaba:

—Repare usted que vamos solamente con el foque y la mayor, y que la mar está como una balsa de aceite. ¡Qué diría usted si izáramos la escandalosa allá arriba, como la hubiera izado yendo solo?... ¡Si esto es navegar en una palangana! De todas maneras, hasta acostumbrarse más á estas posturas violentas, no dejen ustedes de agarrarse al respaldo.

—Ya, ya—respondió Bermúdez que no po-

día agarrarse más de lo que estaba;—pero lo que veo yo es que el agua anda si entra ó no entra por este costado, y que vamos echando demonios.

—Y aunque entrara, ¿qué?

—¡Pues digo! ¡como si fuera lo más usual y corriente!

—Y lo es, señor don Alejandro; y va el *Flash* tan guapamente con un par de tablas de la cubierta debajo del agua.

—¡Canástoles!

—¿Quiere usted verlo?... ¿Se atrevería usted, Nieves?

—¡Pues no he de atreverme?—respondió ésta como extrañada de que Leto lo pusiera en duda.

—Por visto, señores, por visto—dijo resueltamente Bermúdez.—¡Canástoles! para prueba sobra con esto, que no es poco, sin necesidad de que tentemos á Dios.

Nieves y Leto, y hasta Cornias que atendía á la escena medio sentado arriba sobre el tejadillo del tambucho, se echaron á reir.

—Mira, papá—dijo de pronto aquélla,—qué bonita es esta costa de la bahía. ¡Cuántas islillas verdes que apenas se alcanzan á ver desde casa! ¿Y don Claudio y don Adrián? ¡Qué lejos quedan!... ¡Míralos!... Creo que saludan.

—Hija mía—respondió Bermúdez sin vol-

ver hacia ella más que la intención, porque la visual del ojo útil se la estorbaba la nariz,—necesito ambos brazos para agarrarme, y toda la voluntad para guardar el equilibrio en esta postura. Contéstalos tú por mí, si te parece.

—Ya lo hago por todos—repuso Nieves volviendo el busto hacia el muelle y agitando el pañuelo con la mano izquierda. Después de unos instantes de silencio, añadió, con el oído muy atento hacia proa:—Fíjate bien, papá.

—¿En qué, hija?

—En el ruido que va haciendo el barco... Lo mismo que si fuera arrastrándose sobre paños de seda.

—Exactamente—confirmó Leto;—y si usted continúa fijando la atención en ese ruido, llegará á oír conversaciones, y cantos á la sordina... y todo lo que usted quiera, hasta acabar por dormirse.

Tras esto callaron todos por un buen rato, como si se tratara de poner á prueba las afirmaciones de Leto, mientras el yacht continuó deslizándose al mismo andar. De pronto dijo Nieves dirigiéndose á Leto:

—Pues tiene usted razón: ¡tájándose mucho en el ruido ese, se oye todo lo que se quiere oír... ¿No crees tú lo mismo, papá?... ¡Mira qué llana, qué brillante y qué hermosa está la bahía! Parece un espejo muy grande.

—Muy grande, muy hermosa y muy llana—respondió Bermúdez inmóvil y rígido,—y muy entretenidas esas cosas que decís que se oyen debajo del barco: todo está muy bien, menos esta condenada postura que no me deja gozarlo. Esto es un despeñadero.

—Pues cuidadito ahora—le advirtió Leto sonriéndose,—porque va á inclinarse un poco más.

—¡Más todavía, hombre?—exclamó Bermúdez, queriendo clavar las uñas en la brazola.

—Y ¿por qué?

—Porque voy á preparar la virada, dando mayor andar al barco.

Dicho esto, metió la caña á estribor; con lo cual, presentando el *Flash* mayor superficie al viento, recibió mayor impulso de él; y el festón espumoso que andaba lamiendo por fuera el carel de babor, le echó unas cuantas lengüetadas por adentro. Entonces gritó Leto á su edecán:

—¡Cornias... á virar! ¡Salta escota foque!

Obedeció Cornias en el aire; orzó Leto vigorosamente, y el yacht fué virando y enderezándose, hasta ponerse horizontal como le quería don Alejandro, y, según la lengua del oficio, á *fil de roda*, es decir, cara á cara con el viento.

En esta posición el barco, las velas, deshinchadas y lacias, comenzaron á restallar, con

tal estrépito, que asustó á Bermúdez y sorprendió á su hija.

—Pasen ustedes ahora á este otro lado—les dijo Leto, señalándoles el frontero al que ocupaban en el pozo.

Así lo hicieron, y con mucho cuidado para no dar con la cabeza en la botavara. Tomó el viento al balandro por aquella banda; cayó el aparejo hacia la opuesta; y hinchadas de nuevo las velas, comenzó el *Flash* á navegar hacia la derecha de idéntico modo que lo había hecho hacia la izquierda.

—Notarán ustedes—dijo Leto—que vamos caminando en zizás. Con el viento por la proa, no hay otro modo de subir estas pendientes. Vean ahora lo que vamos adelantando en la subida. Ya cuesta trabajo conocer á don Claudio y á mi padre, que se van alejando hacia la villa.

—La verdad es—respondió Bermúdez—que con estas aventuras había vuelto á echarlos de la memoria.

De bordada en bordada llegó el *Flash* á la ancha boca del puerto. Don Alejandro, que no apartaba el ojo del carel de sotavento, lo conoció por las cabezadas que daba el barco, á causa de la *trapisonda* que ya había por allí, y por cierto malestar de su estómago. Dió entonces por más que suficiente la distancia recorrida; y

con gran sentimiento de Nieves, que tenía los cinco sentidos puestos en los lances del paseo mar afuera, viró el balandro y se puso en rumbo al muelle. De esta manera iba empopado y sin las contrariedades que tanto molestaban á don Alejandro. Teniéndolo en cuenta Leto, izó toda la lona; y navegando así como una exhalación, pudieron estimar Nieves y su padre lo merecido que tenía el hermoso yacht el nombre de *Centella* que le habían puesto.

—Esto ya es cosa muy diferente—decía Bermúdez al llegar al muelle.—Así ya se puede navegar á pierna suelta.

—Pues á mí me gusta más del otro modo—contestó su hija.—Tiene más lances.

—Esa es la verdad—añadió Leto saltando del balandro á la escalera para dar la mano á Nieves, porque habiendo bajado bastante la marea, eran muchos y estaban muy resbaladizos los escalones descubiertos.

Ni don Adrián ni don Claudio andaban por allí rato hacía, ni se columbraba alma viviente en diez cables á la redonda de aquellos hermosos sitios que, por lo solitarios y mudos, parecían encantados...



## XII

## DESPUÉS DEL PASEO

COMO tenía un plan en la cabeza, en cuanto los señores de Peleches, que habían elegido el camino de abajo para volver á su casa, mostraron deseos de hacer un alto en la botica donde ya se hallaba el boticario don Adrián, Leto se despidió de ellos pretextando ocupaciones urgentes en su balandro.

El boticario se había puesto ya su gorro de terciopelo, y estaba sentado entre puertas viendo pasar á la gente elegante en dirección á la Costanilla para subir á la Glorieta. Sentáronse también los de Peleches; y después de saber por don Adrián que don Claudio Fuertes se había separado de él para ir un rato al Casino, comenzaron á contarle las peripecias del paseo, con grandes elogios del barco y otros mayores de la pericia náutica y extremada bondad de su hijo.

El cual, entre tanto, caminaba á todo andar hacia el muelle. Cuando llegó á él, no pensó siquiera en meterse en el balandro que estaba á dos brazas de la escalerilla: limitóse á hacer á Cornias, ocupado en recoger el aparejo á toda prisa, algunas advertencias sobre el particular, y en seguida tomó el camino del Miradorio.

Le estaba preocupando á él la cosa aquella desde el momento mismo en que había sucedido. No importaba dos ardites, bien examinada; pero debió haber pasado de otro modo muy diferente... Anduvo, anduvo, pensando y andando, sin mirar á un lado ni á otro, porque hartó sabía que el mirar era innecesario hasta llegar al punto preciso, que estaba bien marcado en su memoria... cosa de media vara á la derecha del camino... subiendo; porque ello había sido bajando, y entonces quedó á la izquierda... Por allí, en tales días y á tales horas, no solía pasar gente; y aunque pasara, sería lo mismo para el caso. ¿Quién había de fijarse?... Y aunque se fijara, ¿valía ello para nadie, á la simple vista, el trabajo de doblarse por la mitad?...

Anduvo otro buen pedazo del camino, y se detuvo de pronto.

—Aquí fué—se dijo,—y aquí debe de estar. Miró... y allí estaba: sobre un tapiz de apre-

tado césped, y entre dos helechos y un guijarro el mismo clavel, doble, *reventón* y encarnado, con el rabillo tronchado al rape: el que se le había caído á Nieves de la boca y había recogido él... para volverle á tirar porque á Nieves ya no le servía... Este era el caso.

Recogido el clavel, y después de contemplarle mucho, y hasta de examinar la huella de los dientecitos de la sevillana, le olió con avidez. Por un impulso maquinal... ó no maquinal, se le llevó después á la boca; pero por otro impulso de mejor casta, le apartó de ella.

—No se trata de eso—se dijo, conservando el clavel en la mano con gran cuidado para que no se deshojara,—sino de cosa muy distinta... y más decente. Por de pronto, vuelta hacia abajo, porque no hay necesidad de que los badulaques de la Glorieta me atisben; y vamos poco á poco poniendo el caso á su verdadera luz, como si le ventilara ante un tribunal de maliciosos que dieran á este acto mío una significación á su gusto.

Volvióse como lo pensó; y andando paso á paso, oliendo el clavel de tiempo en tiempo y con la otra mano en la cadera, iba discurrendo al siguiente tenor:

—El clavel se le cayó á ella de la boca; yo le recogí del suelo y quise dárselo; ella le miró, vióle sin rabillo, y me dijo: «no sirve ya, puede

usted tirarle...» palabras textuales; y yo le tiré, bien sabe Dios que contra mi gusto. Pero también me añadió: «si quiere». Es decir, que dejaba á mi elección tirarle ó no tirarle. Tampoco se me escapó este particular. Pero supongamos que yo, en uso de mi derecho, me hubiera quedado con el clavel: ya daba al acto una significación grave, de cualquier modo que le ejecutara: callándome la boca, ó explicándole. En el primer caso, ¿cómo justificar mi silencio sin autorizar á Nieves para que me creyera muy interesado en quedarme con el clavel?; y en el segundo, tenía que meterme en una rociada de galanterías, que con toda seguridad hubieran resultado cursis é impropias de un hombre serio que mira á esos señores con la estimación respetuosa con que los miro yo. En suma, que callando ó hablando, al quedarme yo con el clavel, faltaba á muchas consideraciones y declaraba una cosa que no es cierta. Pero pudo muy bien Nieves, mirando el hecho desde su punto de vista de mujer, ó de niña mimada, decir para sus adentros: «¡qué grosero!...» ó «¡qué pan frío!» Y esto es lo que me duele, por si lo ha pensado ella y por no merecerlo yo en buena justicia, y lo que me ha ido molestando toda la tarde en la cabeza, con el propósito, además, de volver por el clavelillo este en cuanto pudiera, y el temor de no hallarle cuando le

buscara. ¡Carape, si me ha preocupado todo ello junto! Ahora ya es distinto: ya tengo en mi poder lo que buscaba... «Pues no comprendo», diría cualquiera, «ni los apuros de antes ni la tranquilidad de ahora; porque lo hecho, hecho está, y el clavel, por sí solo, no vale el trabajo que te has tomado viniendo á recogerle, según tú has declarado ser verdad.» ¡Carape si lo es! «Corriente», volvería á decirme cualquiera: «si lo hecho ya no tiene remedio, y el clavel, por sí solo, no vale dos cuartos, ¿para qué te quedas con él?...» ¡Valiente reparo de mala fe sería ese! Recojo el clavel y le guardo, por... por pura rectitud de conciencia... vamos, para reparar yo, á mi modo, una falta cometida con buen fin... Nieves seguirá pensando de mí por ese acto, si por desgracia le notó, lo que mejor le parezca: santo y bueno; pues yo estaré tan satisfecho con saber que son equivocados sus juicios, y que tengo en mi poder la prueba de ello. ¡Qué carape! cada uno es como Dios le hizo; y yo soy así. Y no hay más ni menos... y al sol.

Al llegar al muelle guardó el clavel, después de olerle, en su bolsillo de pecho, con mucho tiento para que no se viera ni se deshojara. El balandro estaba ya solo y en su fondeadero de costumbre. Siguió andando Leto; llegó á la botica, de la cual se habían ido ya los de Pele-

ches; subió á la habitación sin detenerse, entró en su cuarto; y como quien lleva ya su resolución bien meditada, sacó de un cajón de su cómoda un álbum-cartera lleno de apuntes hechos por él en el campo y en la costa, y allí guardó el clavel, con mucho mimo, entre dos hojas en blanco, después de haber pasado la vista por cada una de las que contenían dibujos, con una fuerza de atención poco acostumbrada en el asombradizo farmacéutico.

—Bien pudiera ser verdad—pensó mientras cerraba los broches de las tapas, dejando el clavel adentro—que no lo hago del todo mal.

Volvió el álbum al cajón, cerróle con llave, bajó á la botica, y estúvose con su padre un buen rato hablando de los sucesos del día en Peleches y en la mar. ¡Muy satisfecho estaba de ellos el boticario! Y también de Leto. Se había portado como un hombre y dejado el pabellón bien puesto en todos los terrenos... Con algo más de soltura hubiera querido él verle en lo de pura cortesía; pero bastante había hecho, sí, señor, bastante, para lo que era de temerse; ¡caray, si había hecho!

La escena acabó por irse Leto al Casino, donde le esperaba el ayudante de Marina para un partido de billar que dejaron los dos concertado la víspera, dándole hasta quince tantos Leto, además de la salida, como siempre.

En honor de la verdad, no estuvo el hijo del boticario aquella noche tan chiripero ni tan acelerado como lo tenía por costumbre, ni de tanta correa para las chanzas del fiscal; pero cierto es también que la brega de la bahía, tras de las inusitadas emociones del convite, le tenía algo desmadejado, y que el fiscal se permitió llevar las bromas á un terreno de bastante mal gusto. El que al señor de Bermúdez le faltaba un ojo, como podía faltarle á cualquiera, y que con su hija hubiera estado él, Leto, más ó menos atento, no autorizaba á nadie para preguntarle á cada paso, y delante de ciertas gentes, por la salud y el valor, y el *saque* y otras mil cosas del *Macedonio*; ni si tomaba ó no tomaba varas, ó si era blanda ó dura de cerviz «la hija de Darío». Era una gran inconveniencia hablar así de personas tan respetables, en un sitio como aquél... ó en cualquier otro; y como así lo sentía, así se lo dijo al fiscal, con mucha pena, pero resuelto á que cesaran las bromas. Y cesaron; pero dejando en Leto ciertas heces que le amargaron mucho la fiesta; y eso que el fiscal, lejos de ofenderse con la protesta, aunque cambió de estilo y de asunto, se quedó tan fresco como una lechuga, y tan amigo de Leto como siempre. Poco después de este incidente, llamó al fiscal don Claudio desde una mesa de las más apar-

tadas del billar, para que fallara en la porfía en que estaba empeñado con sus compañeros de tresillo, sobre una jugada que había hecho uno de los jugadores.

Con irse el fiscal y no volver; marcharse en seguida los abogados y el médico que le acompañaban, y antojársele á Leto que se quedaba el ayudante algo mustio sin los mirones que le entretenían, y que apestaban más que de ordinario los reverberos de petróleo, le fué entrando tal flojedad y tal disgusto, que se dejó llevar de calle la mesa para acabar cuanto antes el partido.

—¡Carape!—se decía mientras iba andando hacia la botica, con el sombrero en la mano porque abrumaba el calor,—¿no parece mentira que un hombre en la flor de la vida haya podido gastar, como yo, lo mejor de su tiempo libre en ese bochinche infame, dando trastazos á las bolas?... Una mesa ó dos, de vez en cuando, vaya; pero todos los días dos ó tres horas de faena en ese billar mugriento... ¡con ese olor!... ¡Carape, si es tonta la diversión, bien mirada! Pues ¿y el fiscalillo ese, con su lengua de puñal?... Yo le estimo, es la verdad... y suele tener los grandes golpes... Vamos, que clava los apodos... Pero ¡carape! á lo mejor tiene unas cosas... como las de esta noche, por ejemplo... Aquello no venía al caso, ni siquiera era

decente... Son personas respetables... y amigas de uno... y acaba uno de comer á su mesa... Póngase cualquiera en mi lugar; y si es persona decente, á ver si no haría lo que hice yo... Sentiré que le haya dolido lo que le dije; pero él se tuvo la culpa, y yo cumplí con mi deber... como hubiera cumplido si él continúa con la broma y le rompo yo algo en la cabeza... ¡Carape si se lo rompo! Y cuidado que le quiero bien, lo que se llama bien... Pero hay casos en que se salta por encima de todo... como este caso... Ó es uno buen amigo, ó no lo es; ó es uno persona decente, ó un granuja. ¡Carape, carape, carape!... ¡Qué cosas, hombre!... ¡qué cosas más raras éstas!...

En la botica trabajó mucho sin gran necesidad, y canturreó bastante aquella noche hasta la hora de cenar. Cenó regularmente y habló con su padre, por largo, de lo que habían hablado ya antes de irse él al Casino. ¡Estaban, los pobres, tan poco hechos á francachelas como las de Peleches por la mañana, y á esparcimientos tan singulares como los de la tarde!...

Á la hora de costumbre se cerró la botica, y se recogieron los dos... El padre, después de rezar sus oraciones, se durmió como un bendito. El hijo no atrapó el sueño con tanta facilidad: le pesaba mucho la ropa, aunque era la puramente indispensable para cubrirse, y

no cabía en la cama buscando posturas. Al fin, hecho un aspa, se quedó dormido.

Qué le pasó entonces por las regiones alestargadas del cerebro; qué revoltijo de ideas incongruentes y de bizarras imágenes le poseyeron, no se sabe á ciencia cierta; pero es cosa averiguada que á las altas horas de la noche, saliendo de repente de su batalla y poniendo las manos entrelazadas debajo del cogote, exclamó para sus adentros, en estado ya de perfecta lucidez:

—¡Carape! ¿Será verdad que yo soy bastante buen pintor de acuarelas, y que dibujo muy bien? Pues estoy á dos dedos de creerlo á puño cerrado. ¡Y mire usted que el mismo pintor que era mi maestro y me lo estaba afirmando cada día, se fué de España sin convencerme!...

¿De dónde vino aquella idea al cerebro de Leto? ¿cuál fué la inmediata á la parte de allá del límite puesto entre el estado lúcido y el de sopor?... Leto, dispuesto á averiguarlo, tiró del hilo de la sarta de todas ellas, y fué sacando del fondo tenebroso, una á una, imágenes borrosas que, al entrar en la zona de luz de su discurso, iban tomando formas y colores de realidad. Así aparecieron, en extraña procesión, Nieves, con su túnica pajiza en la penumbra del Casino, pidiéndole las acuarelas; su padre convidándose á ver el yacht y convidando-

le á él á comer en Peleches; Nieves, con mantilla, á la puerta de la Colegiata; Nieves otra vez, vestida de blanco en su casa; las acuarelas, el saloncito de trabajo, el comedor, el balandro y el inglés en apoteosis; Cornias, un clavel rojo, unos dientes blanquísimos, el *Flash* virando por delante y escorando mucho; Nieves afrontando risueña lo que su padre tenía por peligro, con la boquita entreabierta, la mirada valiente, el entrecejo... (¡qué entrecejo aquél! un poco fruncido) y aspirando con avidez la brisa de la mar y el deleite del paseo...

—¡Cuidado si es templada la chica esa!— pensó Leto, empezando á discurrir en cuanto hubo pasado la última figura de la procesión.— ¡Y guapa!... ¡Carape si es guapa!... y modesta, y sencilla para lo guapa y principal que es... Otra en su pellejo ¡se daría un lustre!... Resulta que le gustan mucho los paseos marítimos, y que quiere darlos en mi balandro... ¡Buena ocasión para lucirle en lo que vale!... la única, si bien se mira. Por este lado, me alegro del antojo. Pero adquiero un compromiso que me ata; y no siempre está uno de igual humor... y luego, con este condenado genio mío que no se puede amoldar á ciertos perfiles... Y no es porque no se me ocurran las cosas, ¡quial... á mí se me ocurre todo, y hoy se ha visto: yo la he dado el brazo, y la mano; pero

no está en eso la gracia, ¡qué carapel, sino en hacerlo como es debido, y no como yo lo hago... con esta maldita desconfianza... Lo mismo que lo del clavel, que fué una burrada por más que se diga: pues si yo tengo un poco de serenidad y el desparpajo que otros tienen, no le tiro, ¡qué había de tirar?... En el balandro, menos mal, porque en cuanto cojo la caña, ya estoy borracho y no conozco á nadie; pero para llegar á ese punto hay que pasar por otros... Vamos, que, por este lado, no me hace maldita la gracia el antojo ese: palabra de honor... Y no pinta mal, ¡vaya!... bastante mejor de lo que ella cree... Digo, se me figura á mí... Porque tiene un aplomo para afirmar y una fuerza de convicción, que se imponen... Luego, no habla al aire y por hablar; y en pintura entiende. ¡Carape si entiende! Hay en ella sentimiento del arte, y gusto... ¡mucho gusto!... Cierto que aquí, en Villavieja, ¡está uno hecho á tan poco, á tan poco y de tan mediana calidad, y tan visto!... Pero no, señor, no: esa sevillanita, donde quiera que se la ponga, aquí ó en Valladolid... ¡Carapel!... No, no, lo que es el primito de allá, el original de la fotografía que estaba sobre el piano... porque, según me dijo ella misma, aquel retrato es el de su primo, el hijo de doña Lucrecia, vestido de toga y con birrete... ya puede estar satisfecho si es

verdad lo que se cuenta... Y lo será por las trazas. Es demasiado el mimo con que trata ella á la fotografía, para ser retrato de un primo cualquiera... Y la pinta del mejicanito es buena: harán una parejita... ¡vaya!... Á mí lo que más me llama la atención en Nieves, es aquella serenidad tan firme con que mira y anda y se expresa... vamos, que todo es natural y sincero en ese diablo de chica; y luego aquel acento andaluz, aquel modo de llamar las cosas, con aquella voz tan bien timbrada... En fin, que el mejicanito... nació de pie... de pie... ¡Carape, carape... carapel!... ¡Qué... cosas... éstas... hombre!...

Y volvió á quedarse dormido como un tronco.

No por obra de ningún diablejo de aquellos que, en opinión de don Alejandro Bermúdez, se entretienen en llevar por los aires chismes y cuentos de oído en oído, levantando los tejados ó colándose por los resquicios de las puertas, sino por una prosaica y vulgar coincidencia, se despertaba Nieves en su lecho en el mismo instante en que volvía á dormirse en el suyo el hijo del boticario de Villavieja. Á Nieves la despertó una pesadilla. Soñaba que al fin su padre había consentido en que Leto metiera en el agua dos tablas de la cubierta del balandro. Para conseguirlo más fácilmente, Cornias ha-

bía llenado de velas todo el palo, hasta el mismo grimpolón azul con la *F* blanca. No cabía más lienzo allí. De este modo, el *Flash*, henchido de viento hasta el tope, iba sobre las aguas verdosas como una flecha, pero escorando, escorando, escorando, hasta tener que agarrarse ella también á unas cuerdas. Ya se había sumergido el carel y estaba sumergiéndose la primera tabla, cuando una recalca de imprevisa revolvió las aguas é hizo soltar un chorro de ellas hasta el fondo del pozo, mojándola los pies. Esta impresión ilusoria fué lo que la despertó sobresaltada.

—Pero está visto—se dijo al darse cuenta clara de que lo sucedido era un sueño—que se puede hacer eso... se entiende, con un piloto como él... ¡Qué paseo tan delicioso el de esta tarde!

Y colocada ya á la claridad de este pensamiento, también tuvo antojo de sacar á plena luz toda la sarta de sus recuerdos adormecidos en la memoria; y tiró del hilo, y fué saliendo la correspondiente procesión. Por cierto que no parecía sino que estaba tirando del mismo hilo de que había tirado Leto poco antes, al ver cómo iban apareciendo en el desfile la mayor parte de las cosas y de los sucesos que acababan de desfilar por la cabeza del hijo del boticario.

Éste (don Adrián Pérez) rompía la marcha en la procesión de Nieves, describiendo en su estilo singular el carácter y las aficiones del hijo; después el hijo, en cuerpo y alma, vistiéndose acelerado la americana junto al billar del Casino, con su pelo alborotado, su cara ardorosa y sus inexplicables encogimientos; luego Leto, el mismo Leto, pintor de acuarelas; en seguida el propio hijo de don Adrián haciendo la apología de su barco; y Leto arrojando el clavel que ya no le servía á ella; y Leto describiéndola el barco sobre el terreno; y Leto gobernándole por la bahía... en fin, la misma procesión de Leto, vista desde opuesto lado y ocupando el hijo del boticario el lugar que en ella ocupaba la hija de don Alejandro Bermúdez, cuando la procesión desfilaba por la cabeza de Leto; sólo que en el mirar de Nieves había de ordinario menos curiosidad que en el de Leto. Cuestión de temperamento, sin duda.

Como persona, simplemente, á Nieves le había parecido Leto «un excelente muchacho»: bondadosote, placentero y sencillo hasta dejarlo de sobra; como pintor de acuarelas, notabilísimo; dándole el brazo á ella para ir al comedor, un señorito de aldea; hablando de su barco, «otro hombre», y gobernándole... ¡allí era donde había que verle! Era raro, rarísimo, que

un mozo que pintaba con la maestría que él, no lo diera la menor importancia, y hasta lo desconociera... Buena era la modestia, pero llevada á tal extremo, parecía sandez; y la sandez se compaginaba mal con el talento que era indispensable para pintar lo que él pintaba y decir lo que decía, por ejemplo, cuando hablaba de su amigo y de las valentías de su barco. Entonces, como pintando, era un artista completo, por su modo de ver, de sentir y de expresarlo. Hasta su aspecto era otro más gallardo y lucido que el del Leto que se vestía la americana en el Casino atropelladamente, ó arrojaba al suelo el clavel que ella había tenido en la boca, por no atreverse á guardarle, no por menosprecio seguramente (¡qué inocente!... sería hasta capaz de creer que ella no lo había notado), ó la daba el brazo, deslavazado y torpote, en la salita de su casa y en la escalera del muelle. Guapo era entonces también, eso sí, porque como guapo y buen mozo, lo era siempre; pero sin el desembarazo y la esbeltez varonil que le daban el olvido de sí propio y el calor y fortaleza de sus convicciones y entusiasmos. Por eso, donde más lucía era gobernando su yacht: le había llamado á ella varias veces la atención aquella tarde. ¡Qué actitudes tan hermosas tomaba en los momentos de mayor cuidado! Bien decía don Adrián

que el balandro era la borrachera de su hijo... Como Nieves había tratado á muy pocos hombres y á esos pocos muy superficialmente, no se atrevía á asegurar si abundaban los que se componían de elementos tan incongruentes como los de Leto; pero abundaran ó no, no podía dudar ella que Leto era un mozo muy raro... Por supuesto, que hablando de él con su padre, con el de Nieves, no le había comunicado todas estas observaciones, porque no le parecieran demasiado y la llamara reparona... De todas maneras, raro ó no raro, guapo ó feo, que esto la tenía á ella sin cuidado, Leto había sido una gran adquisición, porque era un estuche de cosas, cabalmente de las que más le gustaban á ella; y era preciso conservarle y y sacar de él todo el partido posible... Era de creer que con la frecuencia del trato fuera él adquiriendo mayor confianza en sí mismo; y de este modo, lo que en aquellos momentos le parecería al pobre chico carga pesada tal vez, por razón de su cortedad, llegaría á resultarle lo contrario... Entonces, satishecho él... gozosa ella... todos contentos y entretenidos... Rufita González... escribir á Méjico... Leto mar afuera... Nachito con enaguas... ella *huerita* y pintando... ¿qué cosa?... ¿con quién?

Se le enredaban y confundían las especies; y la procesión de antes, con nuevas visiones